

JORGE LUIS PERALTA

PAISAJES DE VARONES

GENEALOGÍAS DEL
HOMOEROTISMO EN LA
LITERATURA ARGENTINA

Icaria  Ακαδημία
MUJERES Y CULTURAS

Este ensayo mereció el I Premio ADHUC en Estudios de Género y Sexualidad, por decisión de un Jurado compuesto por Fina Birulés (Universitat de Barcelona), Elena Madrigal (El Colegio de México), Rafael M. Mérida Jiménez (Universitat de Lleida), Alberto Mira (Oxford Brookes University), Marta Segarra (Centre National de la Recherche Scientifique / Universitat de Barcelona) y Lluís Maria Todó (Universitat Pompeu Fabra).

ÍNDICE

Introducción 9

I. Espacio(s) y homoerotismo(s) 17

II. Territorios esquivos 37

III. Mapas fundacionales 53

Los invertidos (1914): ámbitos secretos de la burguesía 53

Los años 20: de la homosociabilidad al homoerotismo 83

Primeras imágenes del yiro: *Reina del Plata* (1946)
de Bernardo Kordon 110

IV Homotexualidades 121

El paraíso (im)posible de Abelardo Arias 126

Los límites de José Bianco 141

Los zonas del secreto en Manuel Mujica Lainez 151

Conclusiones 173

Referencias bibliográficas 179

INTRODUCCIÓN

«No éramos ricos, pero aspiraba a tener esas otras habitaciones tan hermosas. Tenía la sensación de que la vida debía ser algo más especial, más... sobrenatural en tales habitaciones. ¡Cómo podían embellecer tu alma y tus sentidos! *Es fácil convertirnos en lo que nos rodea...*» (Hadleigh, 1988, p. 76). Así respondía el célebre fotógrafo y diseñador de modas Cecil Beaton (1905-1980) a la pregunta de si se consideraba un esteta. En esas palabras hay, desde luego, implicaciones de clase, pero también se insinúa un vínculo entre sexualidad y espacio: *convertirte en lo que te rodea* sugiere, de hecho, que el sujeto deviene *otro* en y a través del espacio que habita, en una suerte de lógica performativa. Se trata, además, de un desplazamiento hacia algo mejor o *más hermoso*, no solo en un sentido estético, sino como aspiración a una vida menos gris: no fue casual, en este sentido, la apropiación *queer* de *El mago de Oz* (1939) y su canción *Somewhere Over the Rainbow*: para muchos disidentes sexuales, ese lugar maravilloso *más allá del arcoíris* constituía una metáfora de libertad en un contexto poco propicio a las identidades y sexualidades fuera de la norma.

Las posibles conexiones entre espacio(s) y homoerotismo(s) que sugieren las palabras de Beaton son exploradas en el presente volumen partiendo de una premisa fundamental: los sujetos construimos los espacios en la misma medida en que somos contruidos por ellos (Betsky, 1997, p. 7). Esta mutua determinación orienta el análisis de las representaciones de espacios homoeróticos en la literatura argentina, con el objetivo de echar luz sobre los modos en que diversos textos literarios refractaron el diálogo y la interacción entre espacialidades «reales» e «imaginadas». Me interesa, particularmente, indagar el proceso a través del cual determinados sujetos *crearon* el espacio y fueron, simultáneamente, *creados* por él, a través de múltiples transformaciones

y redefiniciones, en un conjunto de obras escritas o publicadas entre 1914 y 1957. La elección de estas coordenadas espaciales y temporales concretas obedece al interés de indagar en un campo apenas visitado, hasta el momento, por los estudios gais, lésbicos y queer argentinos; tampoco, por supuesto, por los estudios literarios tradicionales.

La idea de que *El beso de la mujer araña* (1976) de Manuel Puig habría marcado «un antes y un después en la representación de la homosexualidad masculina» (Melo, 2011, p. 263) parece sugerir que con anterioridad a esta obra las configuraciones textuales del deseo erótico entre varones estuvieron asociadas a imágenes «negativas», «estigmatizantes» u «homofóbicas». Sin embargo, algunas aproximaciones a textos *fundacionales* —de *Los invertidos* (1914) de José González Castillo a *El juguete rabioso* (1926) de Roberto Arlt—, así como el exiguo interés que han suscitado obras menos conocidas y estudiadas —de «Riverita» (1925) de Roberto Mariani a *Reina del Plata* (1946) de Bernardo Kordon— me llevaron a valorar la necesidad y la importancia de un acercamiento crítico que examinara con mayor detenimiento las representaciones literarias del homoerotismo en el periodo previo a la emergencia de los movimientos de reivindicación de las minorías sexuales. A mi modo de ver, *El beso de la mujer araña* consiguió articular un nuevo discurso sobre la homosexualidad —y sobre su conflictivo entrecruzamiento con la política— gracias a un contexto mucho más favorable a esa problematización discursiva. Consideraré, no obstante, que el análisis de obras escritas o publicadas cuando las manifestaciones de la disidencia sexual no eran bien recibidas —o incluso se las perseguía y condenaba— podría aportar una perspectiva novedosa a los estudios literarios sobre género y sexualidad. La discusión de premisas a menudo incuestionadas, por evidentes, permitiría abordar desde otro ángulo interpretativo textos más o menos canónicos y recuperar, paralelamente, algunos otros que no han merecido suficiente atención. Esta actividad de relectura contribuiría, además, a ampliar la reflexión en torno de las complejas figuraciones literarias del homoerotismo, íntimamente relacionadas con —y a menudo sujetas a— contextos históricos y socioculturales inestables, en los cuales se fueron modificando los límites de lo decible y representable.

No es mi intención escribir una «historia» de la literatura de temática homoerótica argentina, tarea que por otro lado ya ha sido realizada (Melo, 2011). Al organizar el recorrido sobre la base

de la problemática espacial, se advierten afinidades, recurrencias, intertextualidades, rupturas y transformaciones que enriquecen el discurso y proponen trayectorias hermenéuticas alternativas al enfoque historiográfico tradicional y a sus imperativos cronológicos. No se trata, entonces, de *historizar* las representaciones del espacio homoerótico, sino de intentar esclarecer en qué medida esas representaciones, vinculadas a realidades sociosexuales específicas, dan cuenta de ellas, ya sea acatando sus convenciones o quebrantándolas, con distintos grados de intensidad. Las formas heterogéneas de habitar y usar el espacio —el *real* y el *literario*— pueden ayudar a comprender cómo han operado la opresión y la resistencia relativas a la (homo)sexualidad en una esfera y en otra, esto es, cuáles han sido las imposiciones ejercidas sobre los sujetos que practicaban/representaban una sexualidad no normativa y cuáles las estrategias empleadas por ellos a modo de desafío y transgresión.

La concepción de espacio homoerótico que sustenta y atraviesa este trabajo posee una significación y un alcance determinados (sobre los que abundo en el capítulo I). He preferido el término «homoerótico» a «homosexual» o «gay» por cuanto su uso, siguiendo a Félix Rodríguez González, remite a «prácticas sexuales entre personas del mismo sexo que no suponen la construcción de una identidad determinada» (2008, p. 203). De acuerdo con investigaciones historiográficas recientes (Ben, 2009; Acha, 2014), la identidad homosexual no se habría consolidado en Argentina hasta la década de 1950, mientras que el modelo identitario gay se afirmó entre las décadas de 1980 y 1990 (Sívori, 2004; Meccia, 2011). Resultaría anacrónico, por lo tanto, hablar de un espacio «homosexual» o «gay» en periodos en que esas identidades no habían cristalizado todavía. Una razón más poderosa me obliga al uso de «homoerótico»: con frecuencia, los hombres que se involucran en prácticas sexuales con otros hombres no se identifican a sí mismos como «homosexuales» o «gais». Esta situación es particularmente notable en el caso de espacios regidos por una sociabilidad masculina, como cárceles o internados, pero puede extenderse a enclaves paradigmáticos de interacción sexual como parques, baños públicos, cuartos oscuros o saunas. Al estar despojado de las diversas connotaciones, positivas y negativas, de «homosexual» y «gay», «homoerótico» se ofrece como un término afortunado para describir la espacialidad asociada a los hombres que se relacionan

sexualmente con otros hombres. He descartado, asimismo, el uso de «queer», frecuente en la bibliografía sobre espacialidad en lengua inglesa, dada su escasa proximidad con el espacio y el lapso histórico examinados. Considero que «homoerótico» se ajusta mejor a las realidades sociosexuales de las que me voy a ocupar y mucho más acorde desde el punto de vista lingüístico y contextual.

El homoerotismo no se circunscribe, sin embargo, al género masculino: el «espacio homoerótico» comprende también el espacio «lesbiano», o aquel en que las mujeres se relacionan erótica y sentimentalmente entre sí (independientemente de si se identifican a sí mismas como lesbianas o no). Las razones por las cuales excluí la representación de esta espacialidad son fundamentalmente dos. En primer lugar, requeriría un abordaje teórico específico.¹ Los estudios consagrados a las relaciones entre espacio y género han mostrado que los hombres y las mujeres no habitan ni emplean el espacio de la misma manera (Cortés, 2010). Los hombres gozan de los privilegios que les otorga la hegemonía espacial de la masculinidad; por este motivo, incluso cuando contravienen las normas inherentes a su género, o cuando su comportamiento sexual no encaja en el patrón prescriptivo, no dejan de disponer de un acceso ventajoso a la esfera pública. Las mujeres que se relacionan con otras mujeres, en cambio, padecen una doble exclusión —por mujeres y por «lesbianas»—, razón por la cual los espacios homoeróticos femeninos tienden a ser de carácter privado o doméstico. El estudio de esta espacialidad exigiría, en consecuencia, instrumentos de análisis que permitieran esclarecer sus conexiones con una subjetividad particular femenina/lesbiana. En segundo lugar, la exclusión de la espacialidad lesbiana se justifica por sus escasos ejemplos literarios en el periodo considerado aquí.

Si bien la literatura de temática homoerótica se afirma y comienza a proliferar en Argentina a partir de la década de 1950, a través de las

1. El estudio de Marta Sierra sobre la representación de espacios generizados [*gendered spaces*] en textos literarios argentinos escritos por mujeres constituye un valioso aporte a la investigación de la espacialidad desde una perspectiva feminista. A través de la producción de autoras de diversas épocas como Norah Lange, Victoria Ocampo, Diana Bellessi, Luisa Futoransky y María Negroni, entre otras, la investigadora procura demostrar la creación «de espacios alternativos o virtuales como sitios de posibilidad y resistencia contra las posiciones sociales que las mujeres han ocupado históricamente en Argentina» (2012, p. 3).

obras de Renato Pellegrini y Carlos Correas, este nuevo paradigma de representación del homoerotismo masculino no constituye un fenómeno aislado o imprevisto: se trata de la instancia final de un dilatado proceso, en el curso del cual espacio y deseo se articularon de formas heterogéneas, prefigurando en muchos casos la ruptura que sobrevendría a mediados del siglo XX. Mi interés se centra, precisamente, en explorar el aporte de obras anteriores a 1950 a la conformación de una espacialidad homoerótica en las letras argentinas.

El corpus textual abarca, en consecuencia, textos narrativos y dramáticos publicados entre mediados del siglo XIX y la década de los cincuenta.² Se trata de más de medio siglo de textos que manifiestan configuraciones significativas de espacio y homoerotismo. Y si bien el primer hito relevante de la genealogía es una obra representada y publicada en 1914, esta circunstancia no implica la existencia de un vacío absoluto en materia de proyecciones literarias de otredad sexual (y de espacios asociados a ella) en la literatura precedente. Por tal motivo el capítulo II, «Territorios esquivos», se consagra a la revisión de algunos ejemplos en los que se vislumbran territorios real o potencialmente homoeróticos, aunque su aporte no revista el mismo peso que la literatura posterior. Así, desde el relato fundacional *El matadero* (c. 1839) de Esteban Echeverría a los cuentos fantásticos de Leopoldo Lugones reunidos en *Las fuerzas extrañas* (1906), se despliegan incursiones preliminares en una espacialidad que, a partir de *Los invertidos*, comienza a ganar entidad y a ser objeto de representaciones cada vez más explícitas.

El capítulo III, «Mapas fundacionales», se ocupa de obras que realizan un aporte sustancial a la espacialidad vinculada con poblaciones eróticas disidentes. El texto dramático pionero de González Castillo, *Los invertidos*, marca el inicio de una breve genealogía que continúa con dos piezas narrativas de la década de 1920: el cuento «Riverita» (1925) de Roberto Mariani y un fragmento de la novela *El juguete rabioso* de Roberto Arlt (1926). Clausura el recorrido la novela de Bernardo Kor-

2. Si bien algunos volúmenes de poesía de Oscar Hermes Villordo y J. R. Wilcock publicados entre los años cuarenta y cincuenta aluden soterradamente a amores masculinos, mediante el desvanecimiento de las marcas de género del sujeto amoroso, en términos generales no se advierten configuraciones —ni explícitas ni implícitas— de espacios homoeróticos en estas obras, circunstancia que desalienta su inclusión en este estudio.

don *Reina del Plata* (1946). Cada una de las obras analizadas manifiesta conexiones entre espacio y deseo sintomáticas de una progresiva transformación de la sociabilidad «homosexual», como podrá constatarse mediante la revisión de algunos estudios historiográficos insoslayables que sustentan mi lectura. La progresiva diferenciación de los «homosexuales» como un grupo *aparte*, con un sentido de «identidad» del que habían carecido hasta entonces, tuvo su correlato en la consolidación de una subcultura y en formas de apropiación espacial igualmente diferenciadas. Esa especialización se advierte, de forma embrionaria, en los ejemplos elegidos, donde el espacio urbano se perfila como el territorio más favorable a la interacción homoerótica.

A lo largo del capítulo IV, propongo un desvío: abandonar momentáneamente el estudio de la representación de espacios que poseen un referente en la «realidad» para centrarme en obras en las cuales esa espacialidad se circunscribe a la esfera textual. Aunque puedan sugerirse conexiones con enclaves reales, me ocupo de espacios fundamentalmente *retóricos*. A partir de la noción de «homotextualidad» o escritura homosexual (Stockinger, 1978; Martínez Expósito, 1998), abordo una serie de textos en los que el deseo homoerótico se codifica o sugiere a través de distintas técnicas de enmascaramiento discursivo, en algunos casos reconocibles como propias de una tradición literaria «homosexual». Esta espacialización retórica podría valorarse como la fase que precede —e incluso se superpone en el tiempo— a la espacialización explícita que irrumpe a partir de 1950: apenas tres años separan *El retrato amarillo* (1956) de Manuel Mujica Lainez (ambigua y sutil *nouvelle* iniciática) de «La narración de la historia» (1959) de Carlos Correas, relato que describe sin eufemismos un ligue callejero en la metrópoli porteña. Propongo comprender la literatura homotextual de Mujica Lainez, Abelardo Arias y José Bianco como un *punte* hacia nuevas formas de expresión del deseo homoerótico, y no como obras que acatan sin más las convenciones morales y literarias de su época.

Considerando que durante el periodo histórico que me interesa examinar las nociones relativas al género y a la (homo)sexualidad eran muy diferentes de las actuales, se impone evitar el uso de términos que podrían resultar anacrónicos. Parto de una premisa básica: utilizar un vocabulario razonado y atento a las particularidades de cada momento histórico. Es un lugar común de la crítica LGTBQ citar la

famosa página del primer volumen de *Historia de la sexualidad* en la que Michel Foucault daba cuenta de la «invención» del sujeto homosexual (2005, p. 57). Quedaba cuestionada, de este modo, la creencia de una homosexualidad esencial y ahistórica que atravesaría todas las épocas y espacios. Richard Cleminson y Francisco Vázquez llamaron la atención, sin embargo, sobre el hecho de que algunos autores adoptaran «el modelo foucaultiano demasiado al pie de la letra, describiendo el desplazamiento del sodomita al “invertido” hasta llegar al homosexual, de un modo excesivamente esquemático y sobredeterminado» (2011, p. 8). Estos historiadores demostraron, por ejemplo, que durante la primera mitad del siglo XX en España, las categorías no fueron reemplazadas unas por otras sino que coexistieron, muchas veces de forma incoherente y contradictoria. Una situación análoga se observó coetáneamente en Argentina (Salessi, 1995), circunstancia que invita a ser cuidadoso a la hora de nombrar y describir las identidades sexo-genéricas. Deben tenerse en cuenta no solo los modos en que las personas fueron definidas desde instancias externas —la medicina, la psiquiatría o la ley—, sino también cómo se definieron a sí mismas. La inestabilidad de las palabras y de las realidades sexuales, afectivas y sociales que designan constituye, en consecuencia, la base indisputable para precisar el sentido de los términos utilizados. Así como sería inapropiado, en la actualidad, calificar a alguien como «sodomita», del mismo modo lo será usar «gay» para una persona de finales del siglo XIX o comienzos del XX en Argentina.

En tanto la carga política que incorporan «gay» y «queer» resulta incompatible con los testimonios literarios sobre relaciones sexuales y afectivas entre varones que serán objeto de mi análisis, he preferido descartar su empleo.³ En cuanto a «homosexual», se trata

3. «Gay» fue el término empleado para nombrarse a sí mismos por hombres de preferencia homoafectiva y homosexual desde las primeras décadas del siglo XX; a partir de los movimientos de liberación de los años 70, dejó de ser una palabra «clandestina» y se generalizó su uso con múltiples connotaciones (Llamas, 1998, p. 366). «Queer», siguiendo a Mira, «se recicló como etiqueta de un nuevo modelo de identidad homosexual que se proponía como una alternativa al que predominaba en el mundo anglosajón, el de *gay*. Mientras que lo “gay” parece apoyarse en un discurso clásico que cree en las categorías y busca respeto e integración en el sistema social, *queer* nace con una vocación más rebelde, como una auténtica afirmación de la excentricidad» (2002, p. 621). Sobre este término y su posible traducción/adaptación a contextos hispánicos, véase Mérida Jiménez (2002) y Epps (2008).

de otro término problemático, de difícil delimitación (Rodríguez González, 2008, pp. 210-213). Como ya he señalado, la identidad y la subcultura homosexual no se habrían consolidado, en Argentina, hasta mediados del siglo XX, razón por la cual evitaré emplear este término en el periodo precedente, o lo emplearé entrecomillado, a fin de destacar su anacronismo. Paralelamente, remitiré a un amplio espectro de términos científicos y populares —«invertido», «manfloro», «marica», «pituco», «puto»— que sirvieron para (auto) calificar personalidades sexualmente transgresivas. En cada caso, especificaré la significación y el alcance de los términos, pues cada uno de ellos requiere una adecuada contextualización y ejemplificación. Finalmente, quiero destacar que otra palabra frecuente en este trabajo desde el título —homoerótico— y el sustantivo del que deriva —homoerotismo— serán utilizados por su marcada pertinencia, dado que no suponen adscripciones identitarias. Estas palabras evitan el riesgo de reflexionar, en definitiva, sobre realidades sociosexuales del pasado con categorías y conceptos elaborados en forma posterior (Llamas, 1998, pp. 368-369), y armonizan, de esta manera, con el objetivo general del ensayo de ofrecer una lectura atenta a las significaciones variables del género y la sexualidad en el devenir histórico de la Argentina del siglo XX.

Como lector y crítico que pertenece a unas coordenadas espaciales y temporales diferentes a las estudiadas, no puedo dejar de señalar, finalmente, el estímulo, tanto intelectual como vital, que supuso aventurarme en una serie de cartografías homoeróticas *otras*. Tal vez sea cierto, como afirma el narrador de *El mensajero* (*The Go-Between*) de L. P. Hartley en la célebre línea que abre la novela, que «el pasado es un país extranjero: allí las cosas se hacen de una manera diferente» (1997, p. 5). No menos cierto resulta el hecho de que ese pasado, y sus espacios, pueden decir mucho sobre nuestro presente, sobre nuestros propios espacios y sobre los modos en que los habitamos y experimentamos.⁴

4. Este ensayo forma parte del proyecto de investigación «Diversidad de género, masculinidad y cultura en España, Argentina y México» (FEM2015-69863-P MINECO-FEDER).